

**CLEMENTINA**

*Javier Tafur González*

**Cali**

**1992**

## CAPITULO I

Al abrir la ventana un vientecillo fresco aireó la habitación. Serían las nueve de la mañana pero parecía que fuese más temprano, porque los cálidos rayos matinales no lograban vencer la neblina que aún permanecía enredada en los árboles del parque. Me despecé lentamente echando la cabeza hacia atrás y recogíendome el pelo con las dos manos, con lo cual sentí toda la frescura en la nuca y suspiré.

Los rayos que lograban cruzar la neblina aseguraban un día soleado. Me senté sobre el escritorio y me abandoné al recuerdo de la noche anterior y mis proyectos inmediatos.

Sin duda había sido una reunión agradable con los compañeros de universidad, con ese ambiente interesante que tienen las reuniones en casa de Alicia, donde la integración general se hace sin menoscabo de nuestra individualidad. Además Alicia tenía una música variada que alegraba nuestros encuentros.

Sentada sobre el escritorio miraba los recuerdos de la noche anterior sintiendo una leve resaca que no me atacaba del todo, pues había bebido moderadamente, y no habría bebido nada de no haber sido por la insistencia de Bruno. Es que debiendo viajar para Cali, prefería no tomar nada, pero llegó ese Bruno con su tema y terminé por dialogar con él contra mi propia voluntad. Deseaba estar despreocupada y ligera sin embargo caí en las redes de la conversación de Bruno con los hilos intelectuales y sus poses de conecedor del mundo.

“Tu tienes un problema existencial” -me dijo.

Para decirme esta frase él había tomado un aire de superioridad que me molestaba pero que de todas maneras me hizo preguntarle, qué sabía él de mi.

-Nada- me contestó-. Pero eso se ve. Es evidente que tienes un problema. Y es claro que no es por la exposición de sociolingüística que tienes pendiente...

Yo acababa de aplazar mi examen, lo cual me fastidió muchísimo, pero ciertamente no era algo tan trascendente en la vida de un estudiante.

-Tu también aplazaste fonología -comenté...

"Sí; pero no es de mi que se trata"-, me contestó indiferente; y yo sentí que él lograba meterse de lleno conmigo.

Un hombre joven salió al balcón y me saludó sugestivamente y le respondí con la mano. El permaneció mirándome insistentemente hasta que comprendí que le llamaba la atención la transparencia de mi camión pegado a mi cuerpo. Le sonreí y me levanté.

Ese día en vez de desayunar en el restaurante universitario decidí prepararme el desayuno en mi habitación. Fui al armario y saqué la cafetera, los ingredientes y en ese momento tocaron. La manera de golpear no me resultaba conocida. Esperé y volvieron a sentirse esos golpes confiados.

-Ya voy -dije.

A cualquiera podía esperar menos a Bruno, pero fue Bruno el que llegó.

-Hola -le dije-. Sigue. Fue una frase de pura cortesía que Bruno esperaba así:

-¿Cómo amaneciste?

-Bien.

Vi sus ojos caer sobre mi pecho y le dije:

-Disculpa me pongo la levantadora.

-No es necesario... -me respondió.

La respuesta me hizo gracia pero no tenía yo ningún interés en las miradas ni en los piropos de Bruno. ¡Ah! Estos hombres!

Al ver que me la ponía hizo un gesto de decepción. Y yo pensé que antes jamás había pensado que este compañero podría tener alguna intención de esta naturaleza; pero después de todo, es bien agradable...

-De manera que viajas, hoy...

-Sí. ¿Ya desayunaste?

-Sí. Sigue tú.

Bruno me acompañó a desayunar y retomó el tema de la víspera. En el fondo él tenía razón; yo vivía una contradicción existencial que era notoria; no me era fácil vivir tranquila.

Dejé la residencia a las diez y tomé el avión de las once. El chofer me esperaba. Dos vehículos, uno adelante y otro atrás del que yo ocupaba, me escoltaban, y me sentí complacida con las consideraciones que ellos me expresaban.

## CAPITULO II

Mi padre llegó del extranjero la semana siguiente y su venida produjo un revuelo en nuestra casa; llegó lleno de regalos para todos nosotros; con electrodomésticos, equipos de sonidos, juegos y novedades electrónicas que despertaban la curiosidad y la envidia de todo aquel que los veía; vestidos, ropa deportiva, perfumes.

De un tiempo para acá tenía dificultades de comunicación con mi padre; no sé si era temor o respeto u otras preocupaciones pero me costaba hablar seriamente con él. Esto me producía un complejo de culpa consciente de todo lo que él hacía por nosotros, conociendo sus riesgos y peligros... Lo cierto es que apenas llegó decidí ir a visitar a mi abuela materna a Roldanillo. Mi madre me echó en cara mi actitud, la cual era mucho más evidente ante el contraste del gran entusiasmo con que mis hermanos menores Adela y Fernando recibían los regalos.

Cuando llegué donde mi abuela la encontré organizando un festival en el barrio. Ella es de ese tipo de personas activas, siempre dispuestas a apoyar todas las causas solidarias, sin embargo nunca había querido recibir un solo centavo proveniente de mi padre. Tampoco lo juzgaba. Respetó la elección de mi madre pero prefirió callar.

Ella me recibió cariñosamente y sin meterse conmigo me abrió, como de costumbre, un espacio en su casa para que yo estuviese cómoda y pasara los días que iba a estar allá, lo mejor posible.

La abuela fue muy amable conmigo pero al tercer día regresé a Cali. Al llegar me enteré que por razones de seguridad mi padre había pasado a otro de nuestros apartamentos; mi madre me aconsejó me fuera a España, al menos durante las vacaciones.

El ofrecimiento me incomodó, pues si bien, deseaba conocer España, la razón que yo tenía era otra.

-Aprovecha -me dijo mi madre.

-¡No! -le dije, maquinalmente.

Ella se limitó a decirme que yo podía con mi propia edad y que era una desagradecida.

-No importa; no quiero...

Esa noche llegó mi padre rodeado de escoltas y prácticamente me dio un ultimatum.

Dijo que la casa se cerraría y que lo más conveniente para todos era que saliéramos del país una temporada.

La misma noche uno de los escoltas que ponía especial interés en protegerme, me insistió que aceptara. Sus ojos azules eran bellos y me habló con una voz suave, que me llamó la atención. Días después, que lo mataron, le dije a Fabricio que hombres así no deberían morir. Fabricio se rió y yo le dije, que la muerte de un hombre no era para reírse.

Ese día estábamos en la cafetería y yo me levanté y lo dejé ahí, de la rabia que me dio.

Mi padre volvió aquella noche y me dijo que no había otra opción. La casa se iba a cerrar, y su autoridad no estaba en discusión . le propuse volver donde la abuela; y lo rechazó. Me dijo que allí estaba muy expuesta. Hizo énfasis en este adverbio. Me extrañé de la situación y sentía rabia; rabia y miedo. Yo crecí admirando a mi padre, su habilidad, su imaginación, incluso su poder, pero el

momento que vivía me contrariaba. Debí obedecerle y resigné mi sentir, mi voluntad.

Me reiteró que corría sus riesgos era por nosotros, para que fuéramos alguien en la vida, y no tuviésemos que soportar las carencias y humillaciones que él había tenido que pasar por provenir de una familia humilde en este país donde a los de abajo se les explota inmisericordemente y se les cierran todas las posibilidades.

Había ternura en sus palabras pero él leyó en mis gestos, que me estaba exigiendo una entrega incondicional, y aunque accedí, supe que era demasiado, que si quería ser yo, debía planteárselo.

Esto fue lo que hice al llegar a Bogotá, después de pasar varios días escondidos en familia, a las afueras de la ciudad.

-Tu puedes hacer lo que quieras -me dijo , en tono cortante.

-Es absolutamente indispensable que yo pueda tomar mis propias decisiones.

No sé dónde obtuve esta fuerza, esta determinación. Pensé que mi padre me iba a pegar o que me obligaría a seguirlo. Me desconocía a mi misma; desconocía la amplitud de mi padre enseñado a mandar y a satisfacer su parecer.

-No quisiera llorar sobre tu cadáver -me dijo, y salió.

Tuve miedo y me sentí abandonada. Evité hablar con mi madre y con mis hermanos menores. Debo confesar que en la primera persona que pensé fue en Bruno, y llamé a Alicia para averiguar por él, pero Alicia había salido.

Afuera esperaba Marco, el escolta de los ojos azules.

### CAPITULO III

Recuerdo un día, antes de que mataran a Marco, en que le pedí que me acompañara a la cinemateca. Ese día me comporté de una manera ambigua con él. Varias veces dejé que mi mano, como al descuido, rozara la suya sobre el brazo de la silla. El la quitaba pero finalmente resistió y terminamos sintiendo ese calor de nuestro roce como algo calladamente deseado. Al salir llovía y juntos corrimos bajo los aleros jugando a evitar la lluvia y consentimos mojarnos un poco. De regreso él condujo el carro por la avenida sexta y me preguntó si no deseaba comer un helado; yo le contesté seriamente que no, y a partir de ese momento tomé mi puesto, dándole a entender que debía limitarse a su papel de chofer y de escolta. Al llegar a la casa bajé del carro sin siquiera darle las gracias.

Fueron muchas las ocasiones en que me fijé en él; quiero decir como hombre. Lo miraba sin que me viera y admiraba sus anchos hombros, su agilidad y maneras desenvueltas. Era atractivo, en especial cuando se ponía blúyea y usaba camiseta deportiva. Hasta el revólver le lucía como a un vaquero del oeste; pero él no lo andaba mostrando. En ese aspecto era muy diferente de los otros escoltas que se mantenían pavoneándose con sus armas y alardeando del poder de mi padre. Por eso yo prefería que él fuera el que me hiciera los mandados, me llevara a donde mis amigas y me recogiera. Mi papá y mi mamá le tenían plena confianza. Mis amigas le coqueteaban pero él por respeto a mi las trataba con cierta distancia. Cuando estábamos en el colegio Alicia me propuso que lo invitara a una de nuestras fiestas; más de una se moría por él, y no estoy segura que él no se haya inventado ocasiones para encontrarse con ellas... Otro al salir de una reunión, mi hermano decidió quedarse y le pidió a Marco que me llevara a casa; ese día nos dimos un beso.



¡Me parece imposible que lo hayan asesinado! ¡Era tan bello! Alcanzó a estar con nosotros, creo, unos tres años. Había ingresado a la escuela militar pero un altercado con el instructor lo indispuso con el sargento y debió retirarse. Fue en ese momento cuando se presentó ante el Jefe de Seguridad de mi padre; tendría veintidós años y parecía inmortal.

Mi padre se disgustó por la llamada que le hice a Alicia. Supuestamente ninguna llamada debía salir del lugar donde nos refugiábamos porque podría ser rastreada por sus enemigos. ¿Por quiénes? Esto es algo que no he podido aclarar del todo. ¿Era la riqueza y el poder de mi padre mal habidos? ¿Lo que él había hecho no había sucedido hacía mucho tiempo, incluso antes de que yo naciera? ¿Las cosas no pasaban nunca? ¿Y qué era exactamente lo que él había hecho? ¿O es que lo continuaba haciendo? ¿Podía yo juzgar a mi padre; yo que me beneficiaba de sus esfuerzos? Tuve la sensación de ser injusta y desleal, pero también era cierto que yo no era la niña que iba detrás de él como una perrita...

-Con hijas así para qué enemigos... -dijo él con tono fastidiado, y se sentó contrariado en un sillón.

-No hay peligro; es una amiga de verdad... -dije.

-Aquí, el que valora el peligro soy yo -dijo intemperante-; además no existen amigos de verdad.

Mi madre y mis hermanas entraron a la sala. Mi madre se hizo al lado de mi padre y ni siquiera la miré. De un tiempo para acá había comprendido que se encontraba completamente plegada a su voluntad y él la compensaba con regalos, joyas y viajes, y bastantes soledad, porque me parecía que en el fondo ella contaba poco para él. La situación me producía malestar. Mi padre haciendo uso de su autoridad dispuso entonces cómo saldríamos

de allí. El propietario de la casa vendría a la hora del almuerzo y él ya tenía instrucciones al respecto.

-Y queda claro que no volverás a la residencia.

Callé.

A mediodía llegó el señor anunciado , quien era un socio de mi padre, y quien iba a ser algo así con este señor a su casa donde yo debería esperar llamada de mi padre del extranjero. Marcos y Andrés, escoltas de la familia, permanecerían en Bogotá baja las ordenes de mi padre y con exclusivo fin de protegerme.

No me quiero acordar del despliegue de astucias con las que se me quiso impresionar so pretexto de procurar por mi seguridad. Cuando salimos mi familia permanecía en esa casa y yo fui trasladada a un apartamento en el centro de la ciudad. De un carro me pasaron a otro y de éste a una camioneta con vidrios polarizados; todos éstos cambios se realizaron en garajes particulares custodiados por personas de la organización cuyas puertas se accionaban por control remoto, con claves de seguridad, consultando previamente a la guardia externa y a los supervisores, estos últimos desconocidos por el resto del personal, según instrucciones directas de mi padre.

No volví a ver a Marcos hasta una semana después.

Dos días después llamó mi padre, expresándome todo su cariño y dándome mil recomendaciones. Yo deseaba colgar. Mi madre no pasó a saludarme, nos é si fue porque no estaba allí, con mi padre, o había sentido mi rechazo involuntario.

Era cierto lo que me había dicho Bruno. Yo vivía contradicciones existenciales. Ahora estaba clara. Buscaba no propiamente un sentido a la vida, pero sí poder expresarme espontáneamente.

Deseé hablar con él y le dije al señor Pérez que iba a salir, y que aunque se opusiera no conseguiría impedírmelo. Se lo dije con tal determinación que no le di la manos oportunidad de contradecirme.

-Cuídese señorita -me dijo, como asustado.

En el fondo compadecí a este hombre cuya suerte parecía depender de la mía. Bajé. Rehusé que me llevara Andrés. Le pregunté por Marcos y me dijo que estaba haciendo unas diligencias para el señor Pérez. Tomé un taxi y me sentí seguida. Practicando lo que ellos hacían, me bajé y tomé otro en sentido contrario y tuve la certeza de haberlos esquivado, sin embargo me sentí inquieta al no saber si había evitado a Andrés, a algún otro escolta al servicio del señor Pérez o a uno de "nuestros" enemigos, pero confiada seguí a casa de Alicia.

## CAPITULO IV

Al menos uno elige sus propios amigos, pensé al llegar a casa de Alicia.

-¡Clementina! ¡¿Cómo?! ¡¿Tu aquí?! -me dijo con alegría-. ¡Creí que habías llamado de Cali!.

-Ya ves.

¡Qué distinto era estar con mis amigos! La verdad que fue como encontrarme a mi misma; como si algo nuestro siempre guardaran nuestros amigos y al reencontrarlos, volviésemos a completarnos. De ello estoy segura; la amistad como el amor en una forma de hallar la propia identidad.

-Bruta; si te cortaste el pelo. Te queda divino.

La verdad que desde hacía un año me lo quería cortar. Le pregunté por Bruno y me dijo que andaba con Shota, un poeta ruso. Le pregunté si podía pasar con ella unos días, y entonces me confesó. Yo no se si hice mal, pero le conté todo. Creo que no debí contárselo porque se preocupó por mi, y por ella, por lo que me podría pasar a mi... o a ella, por estar andando conmigo.

-Cada cual con su madeja -dijo.

-¡¿Qué?!

-Shota, el amigo de Bruno, repite eso de que uno va tejiendo su destino.

-Muy griego, ¿no?

-Es ruso, o mejor, georgiano...

Tocaron a la puerta; Alicia abrió.

-¡Clementina! -me llamó.

Era Andrés. Me sentí importante y al mismo tiempo tuve rabia. El me dijo que el señor Pérez me mandaba la razón que mi padre llamaría al día siguiente a la hora del almuerzo, y que me pedía el favor de que estuviera a esas horas.

Le pregunté por Marcos y me dijo que estaba en Medellín y que probablemente regresaría esa misma noche.

-¿Le digo algo? -me preguntó.

Le dije que no; que era una pregunta sin importancia. Cuando Andrés se fue Alicia me preguntó por Marcos y respondí alguna cosa por salir del paso y ella no insistió, pero yo sabía que ella estaría atenta a la primera oportunidad para verlo. No sé si esto eran celos, pero me dieron ganas de ocultar a Marcos y me propuse no dar lugar a que lo viera.

-Te quedó muy bien -repitió.

Yo moví la cabeza echando el pelo de un lado a otro, convencida de mi y de que eran ciertas las palabras de Alicia. Alicia era muy graciosa y despierta. Su inteligencia siempre me pareció un tesoro; lo único que no me gustaba era que se comía las uñas. Recuerdo un día en que nos destornillamos de la risa porque cayó en cuenta que se estaba comiendo una uña postiza. Eso fue poco antes del asesinato de Shota...

No sé por qué estas letras tienen que inventariar tantas tristezas. Estas son las que escribo yo; ¿quién relatará las que están por

venir? “¿Qué dibujo tejerán nuestras hebras en el tapiz de los días?”, como decía Shota.

Me quedé ese día en casa de Alicia y al siguiente fui a recibir la llamada de mi padre; creo que lo que verdaderamente le importaba no era yo, sino que yo estuviera allí, para calmar sus preocupaciones pero lo hice así, pensando que eso le convenía al señor Pérez, y por consecuencia a mí. Ese día el señor Pérez y yo convinimos en que él me comunicaría previamente o me localizaría para estar atenta a las llamadas de mi padre desde Italia.

Creo no haber hablado nunca con el señor Pérez nada distinto. Pasé una semana en casa de Alicia y regresé a mi residencia.

Una vez fui con Marcos al circo de Moscú y ese día nos encontramos con Alicia y Bruno. Alicia se sintió indispuesta y yo le pedía a Marcos que la acercara. Shota me impresionó. Del circo nos fuimos a un bar y del bar al apartamento de Bruno.

## CAPITULO V

A veces me impresiono de lo que hago; una especie de vértigo, de tropismo negativo me lleva a hacer lo que menos quiero. Me explico: todavía no comprendo muy bien por qué queriendo mantener a Marcos alejado de Alicia, yo misma caí en la trampa de su indisposición, porque yo tengo la menor duda de que su fatiga era pura simulación, y yo, de inmediato lo que hice fue darle la maravillosa oportunidad de que estuvieran juntos. No tenía ningún interés en compartir a Marcos con Alicia, pero aún ahora me pregunto, si él no tenía nada conmigo. ¿Por qué me preocupaba? El mío era un sentimiento distinto a los celos; era cierta incomodidad. Podría ser egoísmo..., no lo sé; o un problema de clase social dada su posición de escolta... Esto en el fondo no me importaba. Cuando iba con él me sentía a gusto. Con él me sentía bien, pero tampoco estoy clara si esta sensación era bien fundada o era solo la satisfacción del capricho de ir con un hombre al que las mujeres no dejaban de premiar con sus miradas de deseo. Menos me preocupaba de la cual podría ser su vida privada y la vida que hiciera, que la aceptación que obtenía en nuestro entorno. El verano pasado yo le regalé un dije, pero él tenía muchos colgados a su cadena de oro; el que le di no era nada especial.

En el circo me olvidé completamente de los ardides de Alicia; yo estaba más interesada en propiciar un diálogo con Bruno. Esa noche la pasamos rico. El circo de Moscú era verdaderamente excepcional. ¡Qué agilidad y virtuosismo! Desde niña siempre he tenido predilección por los números acrobáticos y los payasos, y los del circo de Moscú si que son buenos. ¡Qué payasos tan risibles! ¡Qué cómicos! Lo inesperado fue que Shota les servía de intérprete, así que al terminar la función nos quedamos para esperarlo, y al salir Shota con ellos fuimos a tomar una cerveza. Bruno los invitó a dar un vuelta por la ciudad, mostrándole

diversos sitios de interés y finalmente Bruno nos invitó a su apartamento, donde finalmente amanecimos. Estaba Grigori, Sasha y Dumia. Dumia hacía de muñeca de trapo y se desgonzaba de una forma admirable. Todos tenían excelente buen humor y no era porque fueran payasos... Era su tono vital. Shota ya llevaba varios años en Latinoamérica. Primero llegó a Cuba como Agregado Cultural y luego optó por pasar a Colombia como corresponsal.

Shota era trigueño y me recordaba algunas fotos de Boris Pasternak, como agitanado. Grigori y Dumia son rubios y pecosos. Todos muy amables y afectivos, pero la sensibilidad de Shota era mayor y se traslucía en sus hermosos ojos negros y sus rasgos rectos y varoniles que me hacían pensar en un romántico revolucionario. Aunque nada más ajeno a él que la violencia; era un pacifista. Su poesía era delicada, pero sin excesivos subjetivismo ni majaderías. Al igual que otros poetas georginaos de esta generación le gustaba llevar chaqueta negra. Esa noche escuchó con interés los relatos de sus paisanos.

El sábado siguiente Bruno me invitó y deseando ver a Shota asistimos a una nueva representación del circo y esta vez los invitamos a un café-libro a disfrutar de los ritmos latinos. Alicia fue con César, Bruno también estaba acompañado, así que me tocó alternar con Shota y sus paisanos.

Ese mismo día mataron a Marcos.



## CAPITULO VI

Resulta que Marcos estaba cumpliendo unas diligencias al señor Pérez y al tomar la calle para llegar a casa del Florero otro vehículo le cerró la vía, Marcos le reclamó y el conductor bajó el vidrió, saco un revólver y le disparó. Marcos murió ese mismo día en el hospital.

Esa tarde, llamé a Shota para que me acompañara a verlo a la sala de velación. Shota llegó a mi apartamento a la siete de la noche y fuimos a verlo. Shota traía un libro de versos del poeta Vasco Popa; yo lo ojee con curiosidad y aunque no soy una gran lectora me llamaron la atención los extraños versos de este yugoslavo. Shota me observaba, pero disimulé que lo había visto. Al llegar a la sala de velación nos encontramos con Andrés y también con Alicia con quien me había quedado de ver. Juntas nos armamos de valor y fuimos a verlo. Permanecemos las dos ahí, contemplándolo en el ataúd. ¡Caramba que era bello!, me dije y no pude contener las lágrimas. Lo mismo le sucedió a Alicia y las dos nos retiramos en silencio, salimos de la sala y nos sentamos en el andén de la calle. Me sorprendí de que aún tuviera la cadena de oro que gustaba llevar con todos los dijes. Allí estaba el que le regalé. Recordar este detalle me hizo llorar.

Esa noche deambulamos por la ciudad, y acompañamos a casa de Alicia y Shota se quedó conmigo.

A la mañana siguiente timbraron al apartamento cuando yo me estaba bañando, Shota me preguntó si abría, yo le dije que sí. Era el señor Pérez que quería hablar conmigo pero me dejó la razón de que le llamara. Yo salí envuelta en la toalla y le pedía a Shota que me frotara una loción. No estoy muy segura de que hubiese querido seducirlo. El me dio un beso en la espalda.

-¿Por qué no te bañas aquí? -le dije.

El me respondió que lo haría pero otro día. Me dijo que no disfrutaba al ponerse la misma ropa; pero al decirme que lo haría “otro día”, vi claramente que sí, que así sería.

Los asuntos del señor Pérez me molestaban. Lo que yo sentía era el deseo de ser independiente, de que no se metieran en mis cosas, ya estaba grandecita para decidir mi propia vida. “Mentirosa”, me dije, ¿y no dependes económicamente de tu familia? Si quería que el señor Pérez no metiera sus narices en mis cosas lo que tenía que hacer era independizarme. Pero, ¿por qué? ¿No había una manera de conciliar “dignamente”, las cosas?

Estaba claro: yo quería ser yo misma, pues no quería ser de aquellos que por comodidad alargaban y alargaban su dependencia de la casa como si quisieran ser niños para siempre. También estaba segura de las dificultades económicas que independizarme me suponía, debiendo atender los gastos de universidad, etc. ¿Qué hacer? Mi padre de otra parte no me daría oportunidad de escoger. Esta era la parte más difícil. La libertad individual no significa necesariamente ruptura pero las costumbres hacen prácticamente imposible que no haya enfrentamiento. Decidí asumirlo, prudentemente. Trabajaría en el almacén de los padres de Alicia y llegaría a unos “acuerdos” con mi padre. Fuere lo que fuere estaba resuelta a no continuar bajo su esfera de protección. Yo no quería saber nada de escoltas y mucho menos del señor Pérez.

El señor Pérez me entregó los pasajes para Italia y una orden terminante de mi padre de que viajara a Roma, lo más pronto posible. Se había enterado del asesinato de Marcos y mi madre estaba nerviosísima.

-Después le comento lo que resuelva -le dije al señor Pérez.

Estuve tentada de viajar a Italia; después de todo, Europa es Europa, e Italia sería mi puerta de entrada. Llamé a Alicia, pero había salido. Bruno, tampoco estaba. Donde Shota no contestaba.

¡Caramba! -me dije. De manera que si no están mis amigos yo no puedo decidir. Tomé el teléfono y llamé al señor Pérez. Le dije que no utilizaría los pasajes ni el dinero; que había inscrito en la Alianza Colombo-Francesa, y que no viajaría.

-Está disgustado conmigo porque nunca la encuentra. Mañana llamará a las once -dijo.

El señor Pérez estaba cansado de esta responsabilidad conmigo, que yo le impedía cumplir.

-Dígaselo usted misma -me dijo haciendo un esfuerzo.

Sí, a la mañana siguiente se lo dije a mi padre de la manera más delicada posible, pero él terminó gritándome. Recuerdo que me dijo que lo hiciera por mi madre, por mis hermanos, y al final que hiciera lo que me diera la maldita gana...

-¿Me está maldiciendo padre? -le dije.

Era la primera vez que utilizaba la palabra padre para dirigirme directamente a él. ¡Dios mío, cuánto estaba cambiando! Yo sabía que le propinaba un golpe bajo. De inmediato se vino la reacción.

-No, hija, ¿cómo piensa eso?

Quedó desconcertado con lo que le dije. Me pidió que recapacitara. Yo le dije que revisaría la situación, pero que la determinación mía era en serio. Creo que comprendió que "algo nuevo" se interponía. Ese algo nuevo, no era otra cosa que mi

cambio de actitud. Sí, había crecido; ya era hora de que los dos lo supiéramos; de que todos lo supiéramos, pues enseguida hablé con mi madre y tuve que repetir las explicaciones.

Mi padre estaba preocupado porque temía que me secuestraran. Yo le dije que no quería escoltas para mí y que no me hiciera proteger por sus hombres de confianza. Le insistí que nadie se cuida mejor que cada uno a sí mismo y que en todo caso yo haría mi vida normalmente pasara lo que pasara.

El señor Pérez me invitó a almorzar, pero rehusé pretextando una cita y fui a una cafetería, pedí una cerveza y una hamburguesa. El mesero me llevó la cerveza y al volver con la hamburguesa me encontró llorando.

## CAPITULO VII

Cuando una se siente baja de ánimo nada mejor que ir al centro comercial. Es siempre mejor ir acompañada pero tenía tanta necesidad de distraerme que de ahí salí directamente. Entré a la librería a mirar revistas y compré un jour de france; después me senté a comerme un helado. El señor de la mesa de al lado me sonrió y le correspondí.

-¿Le gustan los helados de chocolate? -me dijo.

-Sí -le respondí esforzándome por ser cortés.

-A mi también -me dijo.

Le sonreí y abrí la revista.

-¿Puedo pasar a su mesa? -me preguntó.

-Espero a mi marido -le dije categóricamente.

-¡Ah! En ese caso, disculpe...

-No, no se preocupe. Lo que ocurre es que es boxeador y de mal carácter, sino, con mucho gusto.

-Bueno. Perdone.

El pobre señor puso una cara de susto que me hizo reír hacia adentro. Me levanté a pedir una servilleta y al regresar, no lo vi; se evaporó. Es exacto: se evaporó. Esa noche fui a cine con Alicia y le comenté mi deseo de trabajar con ellos. Margarita, su madre, se mostró muy comprensiva conmigo, y aceptó que le ayudara, y me recibió con gran amplitud, con un horario muy flexible. En

principio trabajaría por las mañanas, ya que mis estudios eran en horas de la tarde, y si no podía ir no pasaba nada. De tener alguna tarde disponible, también podía emplearla con ellos. El valor acordado más que justo me pareció generoso. Así organicé mi tiempo: por las mañanas en el almacén de Margarita, por la tarde estudio y por la noche la Alianza.

Me encontré a Fabricio al matricularme en la Alianza para el curso de verano y le pedí que me acompañara a la facultad para averiguar las fechas de las habilitaciones. Fabricio estudiaba Antropología y a veces me parecía algo petulante sin embargo siempre ha sido muy querido conmigo. Alguna vez hasta tuve interés en él. Durante las vacaciones del año anterior lo acompañé a ver unas excavaciones que estaban haciendo en el Huila. No puedo negar que me quedaba alelada al verlo tocar la guitarra y cantar con ese tono, en las noches huilenses pobladas de leyendas; pero eso también me pasó. No sé qué les sucederá a las otras pero yo debo luchar permanentemente con el encantamiento que ejercen los demás sobre mí; todo me deslumbra y me subyuga.

Me cuesta muchísimo un minuto de independencia y criterio. Parezco perrita faldera; con nada habría sido una puta; me habría bastado querer realizar lo que deseo. Eso me ha llevado a concluir que la mayor celestina es la fantasía.

## CAPITULO VIII

Una tarde poco antes de salir para la Alianza entré al baño a arreglarme... Me encontraba bonita y al abrir, Gerardo, un primo de Alicia que surtía al almacén de camisetas traídas de Aruba, se quedó mirándome. Leí en sus ojos que le gusté aunque como continuó con esa mirada fija, sentí cierto nerviosismo y no alcancé a oír el piropo que me dijo.

Un par de días después Alicia me comentó que Gerardo la había estado "reportiando", y nos quedamos allí, en la sala de la casa de Alicia, hablando con la mamá acerca de los hombres.

Margarita, la mamá, comparaba las dos épocas. Ella decía que con sus cincuenta años y veinticinco de matrimonio se encontraba contenta de lo que había sido su vida. Los problemas no habían faltado, pero de todas maneras habían salido adelante. Alicia comentaba que después de todo ella no era una mujer "de otra época" porque había alternado la casa con el almacén y había tenido servicio doméstico, y a veces hasta dos empleadas. Alicia decía que por su parte le tenía "fobia al limpión" y que ella para quedarse en casa no serviría ; que para eso estaba estudiando para ganarse la vida y no depender de nadie. Yo opinaba como Alicia.

-De todas maneras todos terminamos haciendo concesiones -dijo Margarita-. Y es que las que acosan ahora son las mujeres a los hombres; hay que ver cómo llaman aquí a Arcesio...

margarita cogió un tono sentencioso y dijo que así como el amor, el éxito en el trabajo es otro señuelo. De la pasión no queda sino el rescoldo; y del éxito el goce de unas cuantas horas de vida activa, antes de la enfermedad, la ingratitud y el olvido. Es que no hay que olvidarse que todo pasa -dijo.

-No mijita, yo si no... Yo sí quiero vivir mi vida intensamente - replicó Alicia-. Ya se acabaron los tiempos de la sumisión, el hogar y los niños.

Margarita la miró comprensivamente, y dijo:

-Lo importante es estar tranquila, aunque no tengamos lo ideal. Hay que ser realistas; pero es que a la edad de ustedes...

-¿Y qué? -respondió Alicia.

-Yo también tuve veinte años -se defendió la madre.

Alicia respondió que eso qué; que ella quería ser independiente y libre.

Gerardo entró cuando yo estaba diciendo que para mí una pareja es el encuentro de dos temperamentos que se refuerzan en el contacto mutuo, dos individualidades que se alimentan... Entonces dijo Gerardo, que él estaba disponible, y todos reímos un poco.

-Hablan de pareja y de matrimonio -dijo Margarita-. Con o sin matrimonio la gente responsable actúa lo mismo; pero ahora lo que buscan es el goce y no la felicidad; las de ahora son uniones desechables...

-No tía -intervino Gerardo-, no me las aconseje mal; mejor así, sin papeles y sin ataduras -y dirigiéndose a mi me dijo: -Mamita, ¿cuándo nos organizamos para formar esa pareja de que usted estaba hablando? ¡No es sino que diga que estoy de candidato, irrevocablemente-. Y le dijo a Margarita: -Vea, tía, le repito, no me las vaya a aconsejar mal, que el código con que a usted la casaron se lo comieron los gorgojos...



Salimos a comer un helado y luego Geri y Alicia me acompañaron hasta la casa.

Luego de cepillarme los dientes y limpiarme la cara y echarme la crema, me quedé recordando esa conversación. Aunque se desarrolló de una forma rápida y alegres, no fue nada banal. Al menos no para mí. Debo hacerme una limpieza de cutis –me dije– mirándome al espejo. Hace algún tiempo sigo con interés las propuestas feministas, e incluso tengo entre mis libros unas conferencias de Simone de Beauvoir; pero es que los planteamientos parecen haberse salido de los libros y estar en el aire, y eso me apereza un poco para ponerme a leer lo que ya es de la época. Lo que en el fondo me interesa más no es la libertad que el movimiento defiende, libertad del cuerpo, de trabajo, la igualdad de oportunidades, etc., sino el propio concepto, ya no de feminismo, sino de feminidad. ¿Qué es ser una mujer? Esta es la verdadera pregunta. Me gusta, no lo niego, que existan organizaciones feministas. Hay un sentimiento inexplicable, pero creo que esa dificultad, para mí, depende de las tensiones activistas; además hay muchas clases de mujeres. Tal vez la pregunta está mal formulada al origen y no deba hacerse con relación al sexo. Sería mejor plantear una pregunta antropológica: ¿Qué soy?

Entonces me digo: yo soy, vivo, soy mujer. Sí; ya lo sé. ¿Y qué es ser una mujer? La pregunta es válida, y necesariamente me lleva a mi corporeidad, a mi sexualidad. ¡Ah! Este sí que es un filón. Para los hombres es lo mismo, ¿o no? A mi me parece que sí. Cada macho debe admitir su cuerpo y su sexualidad. Tal vez lo que yo busco es cómo vivir esta experiencia de ser mujer que me ha tocado; para ello debo conocerme a mí misma, mis cambios; sí; los cambios ya llegaron; ya no es la edad de las carencias, de no tener senos, regla, o tal vez lo sea porque aún no tenga hijos, compañero, esposo... ¿Esposo? ¿Será que yo me voy a casar? ¿Si me caso regreso al pasado? ¿A la casa? ¿Al limpión? ¿Y que

deparará el mundo profesional? Ya veremos. Pienso que vendrá un día en que ya no me preocupe de estos temas pero ahora me parece fundamental buscar claridad. No estar clara me cuesta, pero estoy contenta de ser mujer. Doy gracias a la vida y doy mi pelea. La relación conflictiva con mis padres tiene que ver con todo esto, yo quiero que ellos entiendan mis derechos, mis proyectos personales; pero no es solamente con mis padres. Examinemos a Geri. Con Geri podría sentirme natural y confiada, pero sé que él busca la oportunidad de hacerme alguna propuesta, eso me lo dice su mirada. Esto es contradictorio, nos halaga, me halaga, se consideraba deseada, y al mismo tiempo me fastidia que como mujer vea a mis interlocutores siempre con connotaciones sexuales. ¿Pero cuántas veces no soy yo misma la que las propicio? Recuerdo aquella primera vez que me dio por seducir al fotógrafo; ¡qué locura! Definitivamente Freud tenía razón. A veces nos cuesta admitir nuestras propias contradicciones. ¿Qué le vamos a hacer? ¿No somos todos así?

El teléfono timbró. Me desperté. Me levanté y calenté una tisana. El teléfono volvió a sonar. Tuve miedo. Regresé a la cama, me acosté y apagué la luz.

## CAPITULO IX

Otro día en que volví a sentirme sola volvía a la librería. De la librería pasé a un almacén de discos. Hacía frío. ¡Qué paradoja! Siento más frío en verano que en invierno. Miré los discos de folclore latino, las baladas, la salsa, la clásica. No buscaba nada en particular; miraba por mirar, no propiamente por pasar el tiempo porque de tener esta conciencia me parecía perder no vuelo sino alas... Me estremecí con este sofisma y seguí mirando y en las novedades encontré un disco de balalaicas y lo compré.

Toqué al apartamento de Shota y me abrió una mujer joven. ¡Caramba mi costumbre de no avisar! No era colombiana. Ella lo llamó. Shota salió y al verme se alegró. Nunca me olvidaré de "esa" sonrisa. Me hizo sentir muy bien, pero temiendo ser una intrusa le dije, respirándole deliberadamente al oído:

-¿Interrumpo?

-No, de ninguna manera. Es Sonia, mi hermana. Mañana sigue para Chile. Precisamente estábamos telefoneando. Es pura telepatía.

Descansé. Y me sentí inmediatamente feliz. Le regalé el disco que escuchamos tres veces seguidas y luego él puso otros de su Georgia natal. Sonia suspiraba.

Esa noche salimos como lo habíamos hecho con sus amigos de Moscú, a recorrer la ciudad. La plaza de Bolívar con la inacabable historia de la toma, etc., etc. Al final regresamos a dejar a Sonia y salimos los dos. Ese día supe que lo iba a amar aunque lo decepcioné al no recordar los versos de Popa. Le dije que de todas maneras un poeta no debía desconfiar de una lingüista; a lo que él me respondió con una hermosa mueca de terror.

-¿Dónde aprendiste a bailar? -le pregunté.

-En Cuba.

Le gustaba el danzón, la charanga, la pachanga y hacía unas distinciones entre los ritmos que yo no conocía. Lo que más le gustaba era la cumbia. ¿Podría creerle que por la cumbia se había quedado en Colombia? Al principio lo dudé pero luego al conocer sus dotes...

Esa noche mi invitó a un bar de costeños del que era cliente habitual y pidió sus cumbias preferidas; currulaos, mapalés e incluso otras versiones del llamado bambuco viejo que un perito colombiano podría no conocer.

Shota pidió ron Tres Esquinas y bebió de seguido. Los tragos eran grandes y excesivos y me preocupé, pero él me dijo que lo deseaba así y se me entregó. No perdió su lucidez pero dejó de bailar y se puso triste, y más que triste se tornó melancólico recordando algunos pasajes de su infancia que a mi me hicieron feliz. En un momento se quedó dormido sobre la mesa. Y esperé. Serían las tres de la mañana. Hacía frío. Lo desperté. Le ofrecí un Alkaseltzer y le pregunté si deseaba que nos fuéramos. Ya el bar estaba cerrado. El dijo que allí podíamos amanecer, pero al insistirle, aceptó salir. Al llegar al taxi no dudé en llevarlo a mi apartamento. Al llegar llamó a Sonia y él le dijo que se verían al medio día.

Esa mañana Shota se bañó conmigo. Fuimos felices. Su barba de una semana, como a él le gustaba, me picaba deliciosamente. ¡Qué ojos más negros tenía!; su acento era muy gracioso; y como se tomaba la vida con tanta seriedad -menos cuando bailaba-, yo tenía la sensación de ser superficial y ridícula.

A las once salió. A las doce me llamó y me dijo simplemente que me quería oír. ¡Qué llamada tan tierna! Sí, yo he sido feliz; ¡por él!

## CAPITULO X

Dediqué las tardes de la semana siguiente a estudiar sociolingüística con Roxana. Por la noche a la Alianza. El sábado fuimos a la gimnasia y al regresar por la noche encontré un anota de Shota deslizada bajo la puerta. Lamentaba no habernos encontrado; que saldría con unos amigos. Me desnudé y preparé la bañera; me tomé un yogurt y me puse a ver televisión hasta tarde. El domingo invité a Roxana a que pasara la tarde conmigo. A las seis fuimos a cine, luego a comer helados, para prometer que haríamos a partir del lunes la dieta de verduras; nada de carnes ni de carbohidratos pues si seguíamos así íbamos a coger cintura de buñuelos. La verdad es que pesábamos lo mismo, pero se insinuaban algunos gorditos de más que nos mortificaban increíblemente.

“Lo que hace falta, es una buena rumbiada”, nos decía Bruno al oír nuestras preocupaciones. “¡Cosas de mujeres! ¡Usted no sea entrometido!”, le contestaba Roxana, o Alicia. Y misma le metía una empujada por ocuparse de lo que no le importaba.

Las habilitaciones fueron fijadas para la tercer semana de septiembre y llegado el día aprobamos. Hablé con la mamá de Alicia y acepté una invitación de Roxana de pasar unos días de descanso en una finca de ellos en Monguí antes de empezar el nuevo semestre.

Estando en Monguí extrañé a Shota. En más de una coasión me complací mirando su foto que llevaba en mi cartera. Le puse una postal y le escribí: “tu eres único”. Me sentí limitada y torpe al no tener otro recurso que escribir algo tan evidente y cursi. Claro, todos somos únicos. El lo era para mi, en su simplicidad quería decirle algo más. Yo tenía la seguridad que mi poeta sabría encontrarlo.

Al regresar de Monguí fui a hacerme una limpieza de cutis. Por la noche llamé a Bruno pues no pude comunicarme con Shota y salimos a comer a un restaurante. "Te ves mejor", me dijo. ¡Ay! Qué rabia me dio. No me gustaba que Bruno me calificara, pero terminé de preguntarle, por qué lo decía.

-No sé, pero lo noto.

-Tu te haces el interesante juzgando a las personas -le reproché.

-Puede ser... -me dijo, indiferente.

El martes salí con Shota. Yo me sentía contenta desde antes de verlo. La forma como estaba haciendo mi vida me agradaba y esto me daba cierta seguridad. Conocer a Shota me había aportado algo nuevo; lo que la gente suele llamar encontrar una ilusión, un motivo para vivir.

Yo estaba leyendo cuando él llegó. Al entrar se sentó en el otro asiento que tengo al lado de mi escritorio y miró el libro, luego lo cogió.

-Arreola... -dijo

Shota dejó el libro diciéndome que le gustaba mucho la literatura latinoamericana y que teníamos excelentes cuentistas. Me dijo que en Cuba había leído con gran entusiasmo a Carpentier.

-¿Cómo van tus versos? -le dije.

En realidad esa pregunta fática, camuflaba otra frase sentida. "Me alegro de verte". Y pensé que había pasado mucho tiempo desde aquel día en que habíamos estado juntos.

-Luego me lo prestas -me dijo.

-Es tuyo.

Al llegar a la puerta del edificio de mi residencia de estudiante me armé de valor y le dije:

-¿Rock?

-¿No hay salvación?

Me lo llevé a bailar rock. El estuvo comprensivo inicialmente, luego complaciente y al final..., totalmente lanzado. ¡Feliz!

-Lo malo de todos estos lugares es que no se puede conversar -me dijo.

-Tenemos otros momentos -le dije sin ninguna vacilación. Shota rió. Salimos de la discoteca a las dos y caminamos por las calles vacías hasta que notamos que dos vagos nos seguían. Tanto él como yo nos preocupamos.

Un taxi que venía no paró. Doblamos una esquina y ellos también. A la puerta de otra discoteca que cerraban estaban unas personas y nos acercamos. Los vagos se devolvieron. Llegaron varios taxis que habían pedido en la discoteca, y nos permitieron tomar uno.

Las semanas que siguieron salí con Shota. Iba a su apartamento, venía a mi estudio. Shota comenzó a dejarme conocer sus sentimientos, aunque me comentó que estaba pensando regresar a Georgia. Siempre agregaba que le preocupaban los cambios en la URSS, porque no solo era cuestión de la transformación del modelo económico; le preocupaba más la exaltación de los nacionalismos secularmente reprimidos. De todas manera quería publicar en Colombia dos libros suyos, uno de ensayos y otro de



poemas. Yo me ofrecí a pasarle a máquina los versos. Me comentó que de llegar a posponer el viaje se compararía un computador.

Sin darme cuenta me fui convirtiendo en experta culinaria. Cuando Shota venía yo terminaba por meterme a preparar algo. El por su parte en su apartamento hacía lo mismo, aunque repetía las pastas. Sonia había viajado a los Estados Unidos. Le dije que me alegraba haberla conocido y que me parecía una persona muy tierna.

Un día al salir de la oficina de correos le robaron a Shota su estilógrafo. Justo cuando el semáforo cambió y dio la vía a los peatones un señor se le acercó e inclinándose le pasó un periódico resbalando sobre su camisa engarzando la pata de la tapa de su estilógrafo. Se lo sacó del bolsillo, pero Shota se dio cuenta. Dos señores que estaban en el lugar, le confirmaron quién había sido el autor; pero Shota lo dejó ir y lo siguió.

## CAPITULO XI

Lo sucedido fue una casualidad. Shota lo siguió una cuadra pero él logró burlarlo. Sin embargo cuando Shota tomó el bus para regresar descubrió al ladrón en el mismo bus. El bajó, Shota lo siguió. El ladrón confiado entró a su casa y Shota tocó a su puerta. El ladrón lo reconoció pero lo miró sin miedo. Se diría que esperaba la comprensión de su víctima. Más de una vez había sido sorprendido y había sobrevivido; la gente le pegaba, lo mandaba a la cárcel o le perdonaba.

-Démela -dijo Shota.

El ladrón se la pasó. Shota no salió inmediatamente, se quedó allí, en la puerta, me dijo.

-¿Quiere mirar? -le preguntó el ladrón.

-¿Tiene curiosidad? -insistió.

Shota dio un paso. El ladrón vivía solo y sobre una mesa de madera a la entrada vio numerosos estilógrafo, lapiceros, lápices, de toda clase. Shota sonrió. Se sintió extrañamente feliz.

-¿Qué hace con ellos?

El ladrón de plumas le contestó que a veces las vendía (para comer); las regalaba, o las utilizaba.

-¿Escribe? -le preguntó Shota.

-Sí -le contestó el ladrón.

-Mi vida. Narro cada caso.

-¿Cómo así?

-Así; como consigo cada objeto.

-No puedo creer.

-¿Y por qué no? ¡Mire! -le dijo-; tengo varios cuadernos de apuntes...

este suceso impresionó profundamente a Shota. Estaba fascinado con lo que sucedió. Ese ladrón relataba cada robo con detalles. Yo le dije que me llevara, pero él vaciló. Me iba a llevar cuando lo mataron.

El ladrón de plumas se alimentaba de anécdotas. Escribía cada caso, y con el producto del robo alimentaba su espíritu y su cuerpo. Como todo conocedor prefería las plumas de oro.

-Pero mi estilógrafo es barato... le replicó Shota.

El ladrón le contestó que eso dependía de las circunstancias. A veces no era lo caro ni lo bonito, lo que contaba; se sentía cumpliendo como todo cleptómano de manera irresistible. Se veía que el ladrón pasaba hambre; Shota lo encontró pálido y taciturno.

-Shota -le dije- ¿Viste alguno de sus escritos?

Me contestó que sí. Este fue el robo del estilógrafo de un profesor universitario. El estilógrafo en vez de bomba y pluma tenía una cavidad que servía para guardar apuntes secretos. Me contó Shota que cuando el ladrón lo abrió encontró una hoja doblada que al interior guardaba una semilla. La hoja decía: "Semilla del paraíso".

Aquel día el ladrón se sentó al borde de la cama y puso la semilla en la mesa. El texto decía que esa semilla había sido encontrada en los textos secretos de Papini. En la hoja venía dibujada una flor, extraordinariamente bella, era la flor del paraíso ¡y la semilla!

Shota quedó impresionado y volvió a casa del ladrón varias veces. Pasaron así varios días en los cuales me mantuve como en suspenso.

“Todas las vidas son así”, me decía Shota. “Lo aparentemente más anodino guarda secretos inimaginables”.

-Por qué no te escribes el cuento del ladrón de plumas -le propuse.

El me dijo que aún no podía ni siquiera intentarlo pues permanecía prisionero de sus poemas. Los leía y releía, cambia una palabra, su ubicación en la frase, el número de las sílabas. Sí, ciertamente estaba prisionero de sus versos. Yo lo sabía porque yo estaba en la misma prisión de sus palabras.

## CAPITULO XII

Por esas frecuentes paradojas de la vida el profesor de francés era austriaco; su esposa, francesa, era pequeña y no muy delgada; no podría decir que fuera gorda, no; vestía a la moda y asumía un aire tradicional con bastante coquetería. Parecía más joven de lo que era y disimulaba bien sus treinta y pico. Era el prototipo de una mujer madura en su mejor momento.

El martes de la semana pasada la encontré a la salida de la Alianza y como comenzaba a llover se ofreció a acercarme. Me sorprendí con su gesto porque pasaba por antipática, y en el carro empezó a contarme de lo mal que se sentía porque su esposo se había enamorado de una colombiana. No teniendo ella conocimiento de este medio se atrevió a hacerme su confidencia. No sabía qué hacer. La verdad es que mi sorpresa aumentó porque yo consideraba que ella, en tanto que europea, y más siendo francesa, tendría suficiente claridad para enfrentar la situación. ¡Claridad! ¡Siempre claridad! Pues no; ella no la tenía, o no la tiene, y no sabe si luchar por él o regresar sola a París.

Sus ojos se aguaron varias veces. A mí solo se me ocurrió decirle lo que yo venía pensando, que uno debe luchar por lo que quiere.

-Es que esa es la dificultad que tengo -me dijo-. El dolor ya está causado; quisiera que esta situación no se hubiera presentado, ahora no sé qué hacer, si luchar por el que quiero, o luchar por lo que quiero.

No entendía la distinción, ¿no es al final lo mismo?

-Y además están los niños...

Yo pensé que demoraría mucho en desear tener un hijo; causan muchos problemas, como se ve.

-¡No tuvimos estos problemas en Viena para venir a tenerlos aquí!  
-se lamentaba.

Yo me acordé de mi abuela: ¡lo que uno puede cambiar, lo cambia y lo que no, lo acepta”.

-¿Y por qué no se van para Francia?

-El no quiere.

-¿Por qué no se va usted sola?

-¿Lo haría usted?

-¿Qué otra cosa, si no? Usted está aquí por él; y él quiere a otra; pues váyase. Acepte que todo cambió.

Me dio miedo de lo que dije y agragué:

-Pero no me haga mucho caso; realmente no sé por qué lo digo. Se me ocurrió.

Ella sonrió- le pedí que me dejara en la avenida. Caminé las últimas cuadras odiando al profesor de francés; me pareció un tipo despreciable y desleal.

Por la tarde le comenté a Alicia y ella me dijo que yo llegaba tarde al chisme; que eso lo sabía todo el mundo; que la novia del profesor era Magali, la hermana de Fabricio y que estaba embarazada. Apenas tenía 17 años.

-¿Cómo lo supiste?

-En la casa de Fabricio se volvió un problema, porque la hermana quería suicidarse. Fabricio le dijo que dejara de pensar en pendejadas y que tuviera su niño si deseaba.

-A ver, explicá.

-Mira, Clementina. Magali le comentó a una amiga, la amiga le dijo a la mamá, la mamá casi se muere... El papá no ha dicho una palabra.

-Es cuestión de ella -dije yo.

-Pero también del profesor. Todo el mundo opina. Además por el tiempo transcurrido es riesgosa la interrupción del proceso de gestación. Hasta esa discusión ha trascendido; ¡pobre chica!

-Ahora comprendo por qué estaba tan preocupada la francesa. El asunto es muy complejo.

-Que no se complique la vida -comentó Alicia-; yo en su lugar tendría mi hijo y lo sacaría adelante. No es la primera que le pasa ni será la última y el mundo sigue. Eso sí, la vida de esa jovencita no será la misma. Así que a cuidarnos hermanas.

-¿Y el amor? -le pregunté.

-¿Fue amor o fueron las ganas? -me dijo irónica.

-Podrían ser las dos cosas...

Esa noche en la Alianza vi al profesor cuando dictaba clase. Pensé en el lío en que se había metido y en que tal vez su mujer ya habría hecho las maletas. Sentí pena por ellos; todos sufrían. Esa misma noche llamé a Alicia para que me contara cómo había ocurrido esa

historia. Hablamos largo, hasta que Margarita la hizo colgar el teléfono.



### CAPITULO XIII

Al día siguiente al salir de la Alianza Geri me acompañó al estudio. Se lo agradecí y a la puerta del edificio me despedí pero insistió en subir. No puede evitarlo. Preparé un café con leche y lo tomamos. Geri puso un disco y encontrando un libro en el mueble.

-¡Ah! Fragmentos del discurso amoroso, por Roland Barthes.

-¿Lo conoces? -pregunté.

-Ni idea.

Comenzó a ojearlo.

-Aquí dice que si no te acuestas conmigo no eres una mujer liberada.

-Geri, no diga bobadas; allí no dice eso.

-Pero, tú! ¿Qué dices? -dijo.

-Por favor olvídate de eso, o tendré que cambiar contigo.

-Pero, ¿eres liberada o no?

-Mira, Gerardo, no te pongas tan cansón; mejor andate.

Cuando el disco se acabó Geri se despidió y me dio un beso en la mejilla poniendo unos ojitos tan tiernos que de verdad daban ganas de no dejarlo ir.

Por la mañana en la cafetería de la universidad Alicia me contó que había visto a la hermana de Fabricio. Estaba demacrada pero tenía una mirada feliz.

-Me habría gustado verla -comenté.

-Figurate que compró un vestido de maternidad. La acompañaba el profesor.

La francesa se había ido. Magali había resuelto todo en un momento de crisis.

-¿Qué pasó? -pregunté.

Alicia me contó que cuando todo el mundo se estaba metiendo con ella, "los había mandado a la mierda", que el papá y la mamá quedaron fríos. No les dio ni tiempo para que la echaran de la casa porque les dijo que se iba y salió.

-Que berraquita, ¿no? -dijo.

-Bueno, lo que pasa es que a veces no queda otro camino.

-De todas formas es muy difícil hacerse mujer tan joven y de una manera tan traumática.

-Contame -le dije- ¿Y cómo se ha comportado Fabricio?

-Solidario; él es muy chévere. Más trabajo tiene con los cuchos haciéndoles ver que no tienen que cargar con ningún complejo de culpa; que no se hagan reclamos, porque si no terminan amargándose la vida.

-No creas; de todas maneras es un golpe. Vos sabes, los padres se hacen sus ilusiones -comenté.

-La vida es la vida; y es la que manda. Principio de la realidad, hermanita.

La invité a almorzar al estudio y continuamos hablando del amor, de la iniciación sexual, pero la preparación de la salsa besamel nos llevó a los deliciosos encantos de la culinaria, porque en eso sí parecemos bastante plegadas a la vida tradicional. A las dos nos gustan los restaurantes y las comidas rápidas. Debo confesar que muchas veces para relajarme me quedo haciendo algún plato; un especial me gusta \_\_\_\_\_, y Alicia le encanta \_\_\_\_\_, por eso nos metimos con una variante de esta salsa.

Comentamos de nuestros amigos y nos saboreamos al recordar el día en que Shota nos invitó a una ensalada rusa.

Yo me recosté y ella se quedó leyendo un folletín de Corín Tellado. Era de ella. Le pedí que me lo dejara cuando se fuera pues yo también quería leerlo.

## CAPITULO XIV

El señor Pérez vino a decirme que los responsables de la seguridad de mi padre temían por mí. Las cosas no le iban bien y podían tomar represalias conmigo. Me dio jaqueca y pasé ese día y otro más contrariada, llorando por momentos sin saber qué hacer. Me puse irascible, la menstruación se me adelantó y estuve antipática y grosera con Shota. Como siempre fue Alicia mi paño de lágrimas. Pasados unos días, ya más tranquila, me animé a decirle al señor Pérez lo único en lo cual creía; que aceptaba lo que me deparara mi propio destino. Le agradecí su interés y le dije que me ausentaría de la ciudad. El adivinó que le mentía, pero tuvo claridad respecto de mis mas auténticos sentimientos.

Yo me había manejado mal con Shota y dudaba entre llamar a excusarme o esperar su llamada. Shota ponía a veces un aire de comprensión que me enervaba; me hacía sentir mal, como presa de pequeñas mezquindades.

-Debes ponerte en forma -me dijo Roxana-. Vamos al gimnasio.

-No sé.

-Sí, camina; vamos.

Roxana se había convertido en una asidua visitante del gimnasio y la verdad era que le sentaba bien. Se veía bonita.

-Caminá, el ejercicio te ayuda a aliviar el estrés.

Yo no soy el tipo de persona que necesita de lugares como esos para encontrarse bien. Luego de hacer mis ejercicios me entran ganas de salir pronto, en cambio Roxana disfruta en ese ambiente y charla con esos corpulentos galanes que exhiben sus músculos...

De verdad que ese tipo de ambiente no me interesa y no creo que sea el lugar más adecuado para uno poner en orden sus ideas, y sin embargo es innegable que no se relaja y descansa. Al principio me chocaba la eliminación de las distancias y esa libertad que la gente se permite para exhibir el cuerpo y ligar tan descaradamente. Pero me acostumbré y después ya me parecía natural, incluso me hacía falta la música rock para realizar los ejercicios con buen ritmo.

Yo le reclamaba a Roxana sus confianzas con el instructor, pero ella no le daba ninguna importancia; parecía más “su consejero particular”, que su consejero deportivo. Más rabia me daba verla conversando con Charlie, un semental corpulento que no hacía más que pasearse semi desnudo por todo el gimnasio. Roxana quería que yo lo tratase y francamente debía parecer yo la mujer más antipática de ese templo del fisiculturismo.

Charlie alzaba no sé cuántos kilogramos ante la mirada estupefacta de sus admiradoras y su musculatura brillaba realzada por el aceite que ellas le untaban complaciéndose en sobarlo.

Acepté la propuesta de Roxana y fuimos al gimnasio. La verdad fue que descansé. Roxana estrenó una nueva trusa que le quedaba muy bien. La vi pasearse por el gimnasio llamando la atención de un sardino que al salir se ofreció a acompañarnos. Yo me despedí, pero Roxana insistió en venir conmigo a mi estudio. En el camino se despidió de este “amigo” de Roxana y le dije:

-Te estás convirtiendo en una cazadora, en una ligona.

-Me extraña -me respondió poniéndose seria y reprochándome por tratar a los “compañeros” de manera tan antipática.

De haber seguido la conversación habríamos discutido. Eso lo sabíamos las dos, así que hicimos un par de comentarios sobre una

señora que no se quitaba las joyas de encima y otra que se maquillaba para pedalear en la bicicleta estática, y nos reímos con ganas.

## CAPITULO XV

No obstante la gimnasia, el sábado amanecí desanimada e irritable. Al ir a tomar la ducha me encontré fea y al salir no supe que ponerme. Pasé aperezada la mañana y llamé a Alicia para coimaginar cómo pasar la tarde, tal vez yendo a cine; en fin, no sabía qué hacer. Para peor desgracia un barro en el labio superior me crecía sin ninguna piedad. Alicia no estaba y llamé a Roxana. Toxana me dijo que fuera a su casa alrededor de las cinco que quería que la acompañara donde la bruja; que quería que le echase las cartas. Le interesaba saber cómo sería su relación con equis persona. Eso bastó para sacarme del amodorramiento y el tedio en que me encontraba.

-No. ¿Qué vamos a hacer allá? Vámonos a cine -le propuse.

Roxana estaba decidida y me dijo que me definiera porque si no ella llamaba a Patricia. Resolví acompañarla. Me puse unos slacks azul con una blusa blanca, el sweter lo llevaba en la mano y cogí un bus. El sol estaba picante a pesar de la hora. Al llegar me esperaba en la puerta y con paso rápido seguimos a coger otro bus hacia las afueras de la ciudad. Roxana iba confiada porque había ido a que Adela le echara las cartas otras veces, pero yo, la verdad es que estaba tranquila.

-Estas cosas siempre me han dado miedo.

-Fresca.

La casa era de ladrillo con un antejardín. Tenía un aire misterioso.

-Me siento extraña -le dije cuando llegamos. Ella timbró. Una niña agitanada entreabrió la puerta. Sus dos grandes ojos negros nos miraron.

-¿A quién necesitan? -dijo.

-¿Está tu mamá? -preguntó Roxana con amabilidad esforzándose en conquistar a la niña.

-Sí -dijo, y permaneció en la misma postura.

-Dile que llegamos -dijo Roxana.

La niña entró y enseguida salió una señora rubia de ojos verdes, con el pelo recogido con una pañoleta rosada de punticos blancos. Cruzó el antejardín y nos abrió la puerta de hierro invitándonos a pasar.

Entramos al salón. Me llamaron la atención los muebles del tresillo color rosa, contrastando con las cortinas verdes. Cuadros de motivos astrológicos adornaban las paredes. La sala era pequeña; los muebles la llenaban.

-Sigán.

Nos hizo pasar por un corredor estrecho, algo oscuro, a su estudio, en el que había un escritorio con libros. Otros en la biblioteca de madera, sobre la cual había una cerámica egipcia. Yo les dije que mejor esperaba afuera. Regresé a la sala. La niña estaba parada al otro extremo y no hacía más que mirarme. Yo le sonreí pero ella continuó seria, mirándome, siempre mirándome.

De otra habitación salió un señor alto, delgado y trigueño, sin camisa, el pecho poblado de vellos y unas cejas negras y abundantes. Me saludó con acento extranjero, y siguió hacia la cocina. Oí cuando abrió la llave del lavadero. La niña no me quitaba los ojos de encima.



Después de una hora salió Roxana. La señora me preguntó si deseaba que me adivinara la suerte y yo le dije que no. Roxana me insistió, pero Adela dijo que si yo no lo deseaba, mejor era así, porque sin disposición las cosas no se daban. Me aclaró que por el dinero no me preocupara porque Roxana era una clienta conocida y, eso bastaba. No acepté. Tuve miedo; la verdad es que me produce miedo que me adivinen la suerte.

¿Qué le dijo a Roxana? Que con ese hombre encontraría amor y dolor; que lo previniera de su manera de conducir porque tendría un accidente; que la vida y la salud podría conservarlas, pero el accidente no lo podría evitar; todo dependía del caso que él le hiciera a Roxana.

A mí ese tipo de vaticinios me da miedo; sí; me asusta. Al volver a casa de Roxana llegó Gabriel poco después y se ofrecieron a traerme. Roxana le contó lo que le había dicho Adela.

-¿Y tú le crees a esa bruja?! -exclamó Gabriel.

Gabriel se orilló y detuvo el carro exagerando su incredulidad por “esas superficialidades de mujeres”, según comentó. Y en ese preciso momento otro vehículo nos golpeó por atrás, hiriéndose Gabriel, levemente, con el parol, en la cabeza. El dueño del otro carro se bajó muy preocupado y enseguida se pusieron de acuerdo. Nosotros nos quedamos sorprendidas de lo ocurrido. Yo a Gabriel no lo conocía pues hasta donde yo sabía Roxana salía con \_\_\_\_\_ así que lo dicho por Adela me dejó todavía más desconcertada por este detalle. Por lo mismo no quise preguntar nada más de lo que hubiera podido haberle dicho. Francamente el miedo que tenía ahogó mi curiosidad.

## CAPITULO XVI

Al día siguiente Roxana me telefoneó para ir al club. El sardino la había invitado a almorzar; me dijo que Charlie también iba a ir y quería que yo fuera. Su voz era alegre y Roxana se mostraba entusiasmada con el programa. Le agradecí pero le dije que me había quedado de encontrar con Shota en un punto intermedio, cerca a la Alianza.

-¿Estas bien?

-Sí.

-Me lo saludas.

Debo admitir que por momentos me gusta esta forma alocada y desprevenida de Roxana. ¿De qué sufrirá ella? De nada. Recuerdo sus risas. Roxana es feliz espontáneamente. “No sé por qué te complicas la vida”, me dice. “La vida es así, déjala correr”. Y corría como una muchachuela.

A las diez me bañé, me puse una falda blanca de pliegues y una blusa fresca. Shota estaba sentado leyendo una revista y al verme se levantó. ¡Cómo eran de lindos sus ojos! ¡Dios mío!

-Hace mucho tiempo llegaste -pregunté.

-No, un minuto.

-Mejor.

Extendí la mano sobre la mesa y él la tomó en la suya. Así permanecimos un minuto mirándonos a los ojos. Tuve deseos de

decirle que me perdonara, pero su mirada me dijo que no era necesaria ninguna explicación.

-¿Cómo van los poemas?

-Ya sabes. Los leo, los releo, ordeno y reordeno. Parece que es tarea de nunca acabar.

-¡Ah! Los artistas.

-El de ensayos, ya está listo.

-Al menos -dije.

-Ahora viene todo ese otro cuento del diseño, levantamiento de textos, armada, etc., etc.

-A propósito de cuentos. ¿Qué has sabido del ladrón de plumas?

-¿Te interesa?

-Sí; cuéntame.

Shota me contó que lo había ido a buscar varias veces y no lo había podido encontrar; que creía que un vecino le había avisado de su presencia y seguramente lo estaban confundiendo con algún policía.

-Quiero saber cómo sigue este encuentro; pero ten cuidado, con gente así uno sabe a qué se arriesga.

Después de prevenirlo tuve la sensación de haber actuado de una manera maternalmente obvia y esto debió advertirlo Shota que cerró mi boca con un beso.

Yo quería que Shota viniera conmigo al estudio o que me invitara a su apartamento. Ese minuto se me hizo indefinido.

-¿Qué vas a tomar? -me preguntó.

Sonreí.

El sonrió.

Yo tuve el tonto sentimiento de creer que me amaba.

-Una limonada -respondí.

-Señor -dijo él, llamando al mesero-; una limonada y una cerveza Club Colombia!

Yo me la puedo pedir quise decirle. El me miró y comprendió que yo estaba pensando algo así.

-¿Qué vas a hacer esta tarde? -me dijo.

Era la pregunta esperada. Yo le dije que deseaba pasarla con él. Cuando trajeron nuestras bebidas brindamos por nosotros. Compramos una porción de papas a la francesa y luego almorzamos hamburguesa. Al salir nos fuimos paseando por las calles y Shota me tomó del talle, yo pasé también mi brazo por el suyo y así recorrimos la avenida, y seguimos por las calles del este buscando el carro. Yo me sentía a gusto, plácida, contenta. No sé por qué nuestra felicidad parece depender a veces de otras personas; pero es así. En cuanto a la mía, dependía de Shota; yo tenía a Shota, por lo tanto era feliz. Y no era que "tuviera" a Shota pero iba cerca de él, con él. El tenía su brazo en mi talle y yo abrazaba su cintura; era por tanto bien real.

Un bus de servicio público se detuvo unos metros más delante de donde íbamos nosotros. Varias personas bajaron. Shota se quedó quieto, me miró y me dijo, que una de ellas era el ladrón de las plumas. Era un hombre joven, blanco, delgado, de mediana estatura que parecía etéreo. Se diría que no pisaba el suelo. Los pasajeros al descender cogieron en distintas direcciones y nosotros lo seguimos. Era a su casa a donde Shota me llevaba.

Yo me puse nerviosa. No estaba muy segura de querer llegar hasta ese lugar. El dobló la esquina y nosotros lo perdimos de vista por un momento. Al llegar nosotros a la esquina, Shota reconoció la casa, pero no lo vimos a él. Había desaparecido. Pasamos de largo y yo me arrepentí de no haberle dicho a Shota que tocáramos la puerta.

## CAPITULO XVII

Yo estaba indecisa en mi estudio dudando entre visitar al señor Pérez o en llamar a mi padre. El dinero de que disponía no me alcanzaba para pagar la matrícula liquidada sobre sus ingresos. De otra parte discutí tan agriamente en la universidad a este respecto que estuve a punto de ser rechazada. No encontrando otra solución viajé a Roldanillo a pedirle ayuda a mi abuela. Me fui en bus sin decirle nada a Shota. Alicia se lo encontró cerca al almacén y le contó y enseguida me llamó Alicia a mi a Roldanillo a regañarme y a preguntarme si yo me imaginaba con quién estaba saliendo Roxana; que estaba saliendo con el hijo de la dueña del gimnasio; y que Bruno..., que yo que opinaba. Yo le dije que cuando regresara hablaríamos, pero ella me insistía en que opinara sobre lo descarada que estaba siendo Roxana; que a ella no le parecía que eso estuviera bien, pero que al fin y al cabo ella era dueña de sus actos y vería qué haría ; pero que si seguía así iba a ser novia de todo el gimnasio.

Al colgar esta interminable conversación me sentí vacía, aunque la verdad es que me lo tomé en serio yo también. Pero después de todo, ¿eso qué me importaba? Claro que me importa pues no le pasaba a cualquier persona desconocida sino a una amiga mía, cuya suerte me concernía. Comprendí a Alicia. En esa llamada aparentemente chismosa lo que contaba era la preocupación por la felicidad de nuestra amiga; sin embargo ¿quiénes somos nosotras para decir sobre su fortuna? Yo misma podía ser juzgada por cualquiera de ellas y estaba claro que no lo permitiría. Nadie quiere que se entrometan en su vida sin embargo eso es lo que hacemos constantemente, \_\_\_\_\_

La abuela me ayudó. Estuvo muy linda, pero me aclaró: “No es un regalo; cuando yo sea mayor y tu puedas hacer algo por mí,

entonces pensarás si con lo que haces la cuenta está saldada". Le di un beso y regresé a Bogotá.

Pasó el cumpleaños de mi madre y el de mi padre, porque cumplen con pocos días de diferencia y me olvidé de escribirles.

A la semana siguiente recibí carta de mi madre reprochando mi falta de detalle. Le puse una tarjeta desando estuvieran bien y contándole que había reiniciado mis estudios.

Penetré en lo esencial de los poemas de Shota. En sus versos hablaba de la cotidianidad pero sin quedarse en la mera descripción de situaciones, pues siempre terminaba uno comprometido en descifrar un sentido encubierto, pero accesible.

Los profesores no impusieron un ritmo fuerte a las materias. Las clases eran agradables y los trabajos que debíamos presentar los hacíamos allá mismo, en la universidad, en talleres que resultaban animados y constructivos. Alicia y yo estudiábamos juntas y a veces se nos unía Roxana y Bruno. Shota estaba dedicado a la publicación de sus libros y muy contento porque de Rusia le habían solicitado la realización de unos artículos sobre los parques naturales de Colombia, que se publicarían en coedición con la ONU en las campañas por la salvación de la tierra. Shota había quedado de ir a mi estudio y a las seis de la tarde llamó Alicia para decirme que lo habían matado. Hoy a las cuatro lo vamos a enterrar. Sonia no puede asistir; no tiene dinero para pagarse el pasaje. Nadie sabe nada; salí del centro comercial de comprar un frasco de tinta cuando explotó un carro bomba. La tinta sepia se le regó sobre su camisa blanca confundándose con su sangre. También cayó una anciana y dos niñas.

Hemos dispuesto enterrarlo en los Jardines de la Colina, en un punto alto donde tiene buena vista y venta fuerte. Me vestiré de negro y me partiré el pelo por la mitad; para él, como a él le

gustaba verme. Alicia me ha dicho que llevará claveles rojos y que Bruno leerá algunos versos.